



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La Conquista: ¿una desdicha histórica? Una aproximación al problema desde José Martí

Autor: Fonet-Betancourt, Raúl

Forma sugerida de citar: Fonet-Betancourt, R. (1992). La Conquista: ¿una desdicha histórica? Una aproximación al problema desde José Martí. *Cuadernos Americanos*, 2(32), 186-195.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 32, (marzo-abril de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CONQUISTA: ¿UNA DESDICHA HISTÓRICA? UNA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA DESDE JOSÉ MARTÍ

Por *Raúl* FORNET BETANCOURT
UNIVERSIDAD DE AACHEN

Introducción

COMO EL TÍTULO ESCOGIDO para encabezar las reflexiones que queremos someter a discusión en esta ocasión puede prestarse a cierta confusión en lo referente a la intención que realmente perseguimos aquí, permítasenos comenzar con la siguiente indicación o aclaración.

No se trata de adentrarnos en la obra martiana buscando la elaboración sistemática de su concepción de la conquista española de pueblos y tierra americanos. Es indudable que una investigación semejante sería no sólo de gran utilidad, sino también deseable, y que, de hecho, está marcando una gran necesidad a satisfacer en nuestra historia social y cultural. Pues a nadie escapa la importancia que tiene para la búsqueda de nuestra identidad el saber en detalle cómo analizó, juzgó y ordenó en nuestra historia este capítulo tan decisivo esa figura central y de primer orden que es José Martí, el incansable luchador vidente de "Nuestra América". Pero este estudio constituye una tarea específica de largo aliento cuya investigación, en razón de su misma peculiaridad, ha de ser conscientemente marginada en estas páginas, máxime si se toma en cuenta, por otra parte, que lo que orienta estas reflexiones no es tanto eso sino más bien el interés explícito de buscar un acceso interpretativo y valorativo de la conquista a partir de un juicio de Martí sobre la misma.

Se ve entonces que nuestro recurso a José Martí es aquí extremadamente puntual y limitado, por cuanto, como acabamos de insinuar, se trata en realidad de buscar en Martí una idea guía, rectora,

que nos pueda servir de pista a seguir en el esfuerzo por establecer un modelo de interpretación adecuado, entendiendo por ello un modelo que reconstruye reflexivamente lo sucedido no con base en categorías abstractas inventadas, sino sobre el fondo histórico de experiencias vividas. De esto se desprende que la idea buscada en Martí no puede ser cualquier idea: tiene que ser central, y por cierto no sólo en el sentido de que tenga suficiente sustancia como para facilitar la explicitación cabal de lo esencial en la conquista. Pues debe ser, además, una idea que sea en sí misma el punto de cristalización de una visión sintética sobre la conquista o, mejor dicho, expresión del momento en que culmina en síntesis todo un proceso de comprensión.

Se observará que, por otra parte, una idea semejante tiene que corresponder lógicamente a lo que se podría llamar la posición fundamental de Martí frente a la conquista, de suerte que, buscando esta idea, buscamos también detectar el eje central en torno al cual acaso gire la concepción martiana de la conquista española. Pero esto, conviene insistir en este aspecto, no debe entenderse en el sentido de un dato que anticipa el resultado central de la investigación arriba mencionada. Y la razón está en que operamos aquí *hipotéticamente* con una idea con la que se "tropieza" cuando se lee a Martí, es decir, que salta a la vista, ofreciéndose casi inmediatamente como idea nuclear. Nuestra hipótesis es entonces, lógicamente sobre la base de una lectura asidua y frecuentada de Martí, que hay en su obra una idea que se presenta como ejemplarmente representativa de su concepción de la conquista y que, por ser además idea reflejante del destino histórico de los que más sufrieron en la conquista, puede ser propuesta como hilo conductor para ensayar una interpretación de este hecho histórico trascendental para nuestros pueblos desde la perspectiva determinada de aquellos que con la conquista perdieron las condiciones materiales para encauzar el curso de la historia según sus necesidades y aspiraciones. Mas esta convicción nuestra no es sino la hipótesis con la que aquí trabajamos; y en este sentido, por tanto, apremia ciertamente la investigación citada como posibilidad de confirmación o refutación, pero en ningún caso pretende sustituirla o hacerla superflua anticipando el resultado.

Pero intentemos ahora fijar esa idea de Martí, y aclarar en forma breve el sentido programático que la atraviesa y que la recomienda como referencia orientadora para un acceso al hecho histórico de la conquista desde el "reverso de la historia", como diría Gustavo Gutiérrez.

1. En busca de la idea rectora en José Martí

No sin razón se ha subrayado, ciertamente, en la obra de Martí la siempre presente tendencia a hermanar; expresión en el fondo de su profunda fe en la fuerza transformadora del amor y de una razón humana comunicativa que resultase "la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campesino de otros".¹ Pero el pensar de Martí, si bien es cierto que toma como norte la "utopía" de una humanidad reconciliada y, más concretamente, de una comunidad de pueblos americanos encarnadora de la victoria del amor, está siempre atento al dato histórico, es demasiado "observador", como para desconectar la visión utópica de "Nuestra América" del peso real de la historia en curso.

La utopía de Martí late en el seno mismo de la historia; y es por eso que en su pensamiento no debe privilegiarse indebidamente ese aspecto visionario, es decir, no se lo puede desvincular de la experiencia histórica concreta. O dicho positivamente: la historicidad del pensamiento de Martí es su nota más característica. De donde se sigue, en nuestro caso, que no vale subrayar la carga utópica de su pensamiento con la finalidad de presentarlo como un idealista desconocedor del peso propio del mundo real. Martí, por el contrario, afirma la utopía desde el interior mismo de la historia; y por eso no la concibe como salto hacia fuera de la historia real ni como enmascaramiento de los conflictos del mundo real existente. En una palabra, la visión utópica de una armonizada "Nuestra América" no tiene la función de neutralizar o disolver, como por arte de magia, los conflictos reales.

Esta aclaración se nos hacía necesaria porque hay toda una tradición para la que Martí es el prototipo del pensador "soñador", más sensible a la visión abstracta de una indefinida armonía universal que a los conflictos del curso real de la historia. Contra esta imagen hacemos valer entonces la imagen del Martí "observador", que en nada descuida las fuerzas reales operantes en la historia. Pues de lo contrario no se entiende cómo el apóstol de aquella famosa fórmula de la fuerza balsámica del amor triunfante nos pueda confrontar con una concepción de la conquista española centrada en la percepción clara de un trágico conflicto. Pero transcribamos ya la idea de Martí para precisar nuestras observaciones con base en el texto martiano.

¹ José Martí, "Nuestra América", en *Obras Completas*, t. 6, La Habana, 1975, p. 19.

En un artículo de 1884 escribe José Martí a propósito de la conquista:

No más que pueblos en cierne —que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo—, no más pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la naturaleza. —¡Robaron los conquistadores una página al Universo!²

Este severo juicio en el que la conquista española, sin distinciones ni reservas de ningún tipo, queda calificada como “desdicha histórica y crimen natural”, habla por sí mismo. Con todo no nos parece superfluo hacer algunas indicaciones que expliciten la base sobre la que Martí lo formula, y nos ayuden así a mejor captar el sentido programático de esta concepción martiana de la conquista.

En primer lugar cabe destacar el hecho de que este juicio implica el rotundo rechazo de la idea según la cual la historia empieza en América con la llegada de los españoles. O sea que la conquista no es el capítulo inicial de nuestra historia, sino por el contrario —y aquí ya se presenta el conflicto en toda su radicalidad— el momento en que se corta la posibilidad de un desarrollo autóctono de la historia y cultura de los pueblos americanos.

En consecuencia, cabe señalar, en segundo lugar, que la conquista marca para Martí el momento en que una cultura irrumpe en el campo propio de otra invadiéndola con la descarga de su “ponderosa herrajería”, es decir, sin respetarla ni reconocerla como tal. No hay pues encuentro, sino invasión y opresión.

El tercer aspecto que tenemos que recalcar en lo implícito en el juicio martiano es que se trata de un enjuiciamiento de la conquista desde una decidida toma de posición o de partido por los conquistados. Hemos de fijarnos, en efecto, en que para Martí el criterio último para enjuiciar lo que acontece con la conquista de América por los españoles no es la expansión de la religión católica o de la cultura occidental, ni el progreso científico-técnico, ni el increíble impulso dado a la historia de la humanidad en general, sino única y exclusivamente la suerte que corrieron los pueblos antiguos de

² José Martí, “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas”, en *Obras Completas*, t. 8, p. 335.

América, los invadidos y desalojados de sus tierras. Es, en efecto, desde su punto de vista que Martí habla de “desdicha histórica y crimen natural”.

Vinculado con este solidario compromiso con los oprimidos está el cuarto y último punto a destacar en el juicio de Martí, a saber, el claro reconocimiento de cada pueblo y de cada cultura a desarrollarse desde sus posibilidades propias y de contribuir así con su diferencia a la realización de una universalidad pluriversal. La verdadera universalidad no es imperial ni es la dictadura de una forma cultural determinada, sino que pasa por la pluralidad de las diferencias. Por eso Martí dice que con la conquista se robó una página al Universo.

Los elementos apuntados no agotan seguramente la riqueza contenida en este severo juicio que sintetiza, según pensamos, la concepción de Martí sobre la conquista, pero sí bastan para hacer manifiestos los puntos centrales de lo que hemos llamado el sentido programático que lo anima. Y tal es lo que realmente nos interesa aquí, puesto que es justo ese sentido programático el que nos habrá de facilitar la aproximación que buscamos. Concentrándonos entonces en nuestro cometido, podemos retener lo siguiente: Con la condenación de la conquista como “una desdicha histórica y un crimen natural”, y teniendo en cuenta los diferentes niveles de significación señalados en ese juicio, Martí nos abre una pista para ver la conquista desde la situación histórica del conquistado y denuncia de esta suerte la leyenda blanca del diálogo de culturas o del encuentro benevolente de pueblos que se conocieron y se fusionaron libremente. La explicitación de esta visión es lo que ensayamos a continuación, si bien centraremos nuestra atención en la consideración de la dimensión representada por el momento de la negación de lo extraño o ajeno; pues nos parece ser lo medular en el sentido programático del juicio martiano. Y acaso es la dimensión esencial que presuponen las otras consecuencias implicadas en el hecho de la conquista. Pero pasemos a nuestro desarrollo.

2. La conquista: una desdicha histórica para el conquistado

Por las indicaciones precedentes se adivina que el hecho de la conquista no puede ser leído, desde la perspectiva del conquistado, sino en clave de desdicha. Tal es lo que propone Martí; y lo que nosotros ahora, siguiendo esa pista, trataremos de explicitar.

Por lo pronto hay que establecer que cuando Martí observa que “el tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego

en toda su hermosura la obra entera y florecida de la naturaleza'', nos está confrontando con el hecho de la destrucción de las culturas propias de América. Un hecho éste que se le presenta como una desdicha porque, además de connotar el crimen irreparable de la muerte física de innumerables sujetos de esas culturas, significa la muerte cultural de los sobrevivientes, en cuanto que esa destrucción es obra de un plan sistemático de invasión que impone nuevas formas de vida y muy diferentes estructuras de organización social.

Para el conquistado, es decir, para el sobreviviente, la desdicha histórica de la conquista se concreta, a este nivel cultural, en la impuesta violencia de tener que vivir como un desarraigado en su propio contorno natural. La conquista, en tanto que destrucción de lo propio, deja al indio sobreviviente culturalmente en el aire, es decir, le roba el suelo, y lo condena a una radical reorientación. Lo primero es entonces la experiencia de radical desarraigo, de radical destierro en su propia tierra, pues la reorientación es la penosa y enajenante tarea que se desprende de esa experiencia de la irreparable pérdida de la propia cultura.

En esta experiencia trágica se refleja justamente el conflicto, último y decisivo, que caracteriza a la conquista como empresa imperial, y cuyo desarrollo nos ayudará a precisar el sentido de desdicha que tiene la conquista para el conquistado. Como ya decíamos, ese conflicto tiene lugar para nosotros en el ámbito del choque con el otro, con el extraño; y esa experiencia primera por la que el indio se ve desterrado en su propia tierra, nos refleja en efecto que en este sentido la conquista es encarnación brutal de ese conflicto, ya que ella nos transmite el resultado originario de un 'encuentro' cuya peculiaridad radica precisamente en la negación de uno de los sujetos de ese 'encuentro'. Por eso, estrictamente hablando, no hay encuentro, sino realmente "descubrimiento". El conquistador europeo no encuentra sino que "descubre"; y "descubre", por cierto, no solamente desde su horizonte de comprensión, sino también, y quizá fundamentalmente, en función de la expansiva ampliación de su mundo y de sus intereses. Pero por esto mismo su "descubrimiento" se cumple como la dictadura de juicios que impide la percepción del otro en su realidad distinta. Paradójicamente el descubrimiento resulta así un encubrimiento, porque le roba al indio hasta el espacio cultural donde su identidad propia se evidencia ya con su sola presencia física.

El conflicto y la desdicha consisten pues aquí en que en este llamado "encuentro cultural" tenemos de entrada que una cultura se

autoprecia tan superior y está tan segura de sí misma que se arroga exclusivamente el derecho de fungir como sujeto.

Se observará, en efecto, que la acción destructora del conquistador descansa en última instancia en que éste actúa desde la consciencia de ser el sujeto dominador que justamente con su acción centra y dispone las cosas en función exclusiva de su proyecto de expansión. Para el conquistado es pues la conquista la desdicha de ser víctima de un proyecto de integración subsumidora en un mundo extraño.

Ese mundo extraño que se llamará eufóricamente "Nuevo Mundo" mostrará muy pronto, sin embargo, que la integración subsumidora va acompañada en realidad de la muerte cultural, de la destrucción de la identidad propia. Pues en ese "Nuevo Mundo", que es fundación unilateral de la voluntad europea imperial, el indio irá quedando cada vez más al margen. La construcción europea de un "Nuevo Mundo" trae aparejada la destrucción del mundo genuino del americano.

Resumiendo, podemos decir que, desde la perspectiva que analizamos aquí, la desdicha de la conquista se muestra en que desata un proceso de desconocimiento de la alteridad del otro cuya consecuencia lógica es la radical desestructuración de su organización social así como la dislocación de todas sus referencias simbólico-culturales.

Cabe señalar, como nota complementaria de este proceso, que es precisamente esa experiencia de la negación radical, del rechazo que experimenta el americano como interlocutor válido de la cultura europea, la que determina el curso posterior inmediato de la historia no en la dirección de un conflicto por la recuperación de lo propio destruido sino más bien en la dirección de un movimiento de re-ubicación o re-centramiento cultural desde los patrones de la cultura europea dominante. Radicalmente des-centrado en su mundo y orden, el americano es violentado a buscar un re-centramiento a través justo de la subsunción en el orden del conquistador. Pero esto no es más que otro indicador del hecho fundamental: la negación del otro en su alteridad. Pues la llamada integración se hace a precio de vida y de identidad propias. Es, en realidad, también un programa de destrucción y de negación, ya que su ley no es dejar que el americano sea él mismo sino imponerle una manera de ser ajena, para que sea otro en el orden del otro.

También entonces desde la perspectiva de los proyectos integracionistas o asimiladores se manifiesta la conquista como una desdicha para el conquistado. Y es que, aun en estos proyectos que son

aducidos a veces como argumentos para resaltar la otra cara humana de la conquista, es innegable que el americano y su mundo todo, tanto geográfica como política y culturalmente, quedan emplazados como factores subsumibles dentro de la empresa imperial por la que Europa se autodetermina en ese momento centro indiscutible del mundo y de su historia.

3. *Consecuencias y observaciones de cara al 500 aniversario*

LA severa consideración martiana de la conquista como una "desdicha histórica y un crimen natural" nos ha dado pie para puntualizar el sentido histórico de este hecho mayor en la historia de nuestros pueblos desde la perspectiva del conquistado. Fue, como hemos visto siguiendo el hilo conductor del juicio de Martí, un corte brutal en el curso que podían haber seguido nuestros pueblos; fue un atropello de posibilidades históricas.

Y si insistimos en este juicio de Martí es porque en él se expresa su clara opción por los vencidos y porque con ello ese juicio nos transmite un reto cuya reformulación consciente debería ser acaso la consecuencia esencial a sacar por nosotros de la idea martiana de cara al 500 aniversario. Nos referimos a lo siguiente: quien repiense con Martí la conquista como desdicha histórica en el sentido explícito de atropello de posibilidades culturales, de negación de la palabra, de marginalización, etcétera, no puede dejar de plantearse esta inquietante pregunta: ¿Ha terminado la conquista?

Lamentablemente esta pregunta nada tiene de cuestión retórica. Las políticas "nacionales" de muchos Estados latinoamericanos no solamente la justifican, sino que esas mismas políticas son la respuesta: No, la conquista como forma de desdicha histórica no ha terminado aun; pues lo hábitos de la colonia, como diría Martí,³ siguen vivos en políticas de marginalización y de exterminio que todos conocemos y que buscan consolidar el imperio de la civilización del blanco. Sin poder entrar ahora en un análisis de esas prácticas políticas, quesaría sin duda conveniente para documentar fehacientemente nuestra afirmación, nos permitimos sin embargo resaltarla como un hecho que se impone por su vigencia real, manteniendo que hay todavía hoy en nuestro continente una herencia de la conquista que persiste en la real y actual amenaza de destrucción que pende sobre el destino de tantos pueblos en nuestros países. Dicho

³ Cf. José Martí, "Nuestra América", en *Obras Completas*, t. 6, p. 19.

en otros términos: el peligro real y cierto en que se encuentra hoy la diversidad cultural representada por las distintas etnias de nuestro continente constituye, para nosotros, una persistencia clara del hábito central practicado en la conquista: el atropello del otro en su identidad y en su elemento vital.

En este contexto nos parece importante destacar asimismo que la persistencia de la práctica de la conquista no es un asunto que tiene que ver únicamente con nuestras políticas estatales, como tampoco se deja reducir a la política de las multinacionales. Son muchas las fuerzas y muy variados los intereses y grupos de poder que han contribuido a prolongar la conquista. Entre ellos —¿qué duda cabe?— también está la iglesia latinoamericana, cuya actividad pastoral y social ha sido con demasiada frecuencia más latina que americana.

Conforme a la idea que venimos expresando, se trataría entonces, como segunda consecuencia, de promover un movimiento político y eclesial con voluntad expresa de clausurar la conquista, creando grupos que no hablen sólo de la conquista como de un hecho pasado que requeriría a lo sumo la solidaridad regresiva con los muertos, sino que sepan determinar sus formas de persistencia actual y ejercitar la solidaridad presente y prospectiva en programas de defensa de la vida y la identidad de nuestras distintas etnias.

En tercer lugar, se impondría acaso fomentar las condiciones materiales para la realización del derecho a la pluralidad cultural dentro de los Estados latinoamericanos, lo cual naturalmente requeriría a su vez la disposición a denunciar los momentos conflictivos que se han enmascarado con la visión ingenua y generalizante del tan celebrado mestizaje cultural latinoamericano. Quizá tengamos que aprender a leer el mestizaje cultural en clave regional, es decir, en tanto que fenómeno válido sólo para una región de eso que llamamos América Latina, y que, por consiguiente, su expansión a otros sectores o regiones, tal como se ha hecho, es conflicto y violencia.

De las consecuencias señaladas se deduce que la fecha del 500 aniversario significa ante todo un desafío a nuestra capacidad de solidaridad y de renovación o conversión. Estar a la altura de ese desafío no es fácil; pero deberíamos intentarlo, pues de ello dependerá que el espíritu triunfalista no se apodere de esta fecha.

Para terminar queremos añadir aún algunas observaciones que están íntimamente relacionadas con todo lo anterior. En primer lugar debe repararse en el hecho de que, si la conquista fue un fallido intento de encuentro cultural y de que si ello se debió en lo

esencial a que el conquistador negó al otro, este suceso no puede replantearse sin estar en disposición de des-centrar nuestra propia cultura. El "crimen natural" de la conquista debería impulsarnos a cuestionar nuestra seguridad cultural y a tratar de fijar las limitaciones de la cultura desde la que comprendemos.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, se trataría de estar en nuestra cultura con conciencia de que no es una visión total sino más bien un fragmento; un fragmento que hay que poner en juego en todo encuentro con otra cultura. Sólo desde esta conciencia puede crecer algo así como la comunicación intercultural.

Observemos, por último, que el reto decisivo implicado en los dos pasos que anteceden está en el cultivo de una actitud que depone la voluntad de de-finir para arriesgarse en el ámbito del otro sin "armas", sin categorías ni prejuicios. Esta actitud, que es la antípoda de la manera en que procede el logos conquistador, ejercita el respeto a la alteridad del otro justo en la disposición a suspender toda de-finición del otro desde sí, es decir, a dejarlo indefinido hasta que el otro mismo diga cómo es.

En resumen, pues, estamos ante una hipoteca histórica y moral que debemos saldar sobre la base del diálogo intercultural, esto es, libre y solidario, entre pueblos que se respetan. Tal como lo viera Martí en su utopía de una América nuestra fraguada por la dinámica descrita en estas palabras: "Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. '¿Cómo somos?', se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son".⁴

⁴ José Martí, *ibid.*, p. 20.